

ENTREVISTA | Autora de una treintena de libros

Elizabeth Subercaseaux:

“Los artistas son seres humanos antes que genios”

Beethoven. La música del silencio es la tercera biografía novelada —después de La música para Clara y La pasión de Brahms— que la versátil periodista y escritora chilena dedica los compositores del siglo XIX europeo.

MARÍA TERESA CÁRDENAS MATURANA

Encontrar la voz de Beethoven fue, según Elizabeth Subercaseaux, el mayor desafío que enfrentó al escribir su tercera novela sobre un compositor del siglo diecinueve europeo. En las anteriores también hizo hablar a sus protagonistas, pero en *La música para Clara* alternó las voces de Clara y Robert Schumann —tatarabuelos de la escritora por línea materna— y en *La pasión de Brahms* recurrió a un narrador en tercera persona como complemento y contrapunto de Johannes Brahms.

La música del silencio (Catalonia), en cambio, está escrita íntegramente en primera persona y es el propio compositor y director alemán quien va contando su historia. Sabe que su hora final está cerca y que lo encontrará en esa casa de Viena donde apenas tiene muebles, pero sí sus dos pianos en el dormitorio. Y que su ama de llaves, que comenta sobre él con las vecinas, pero lo cuida y lo quiere —o lo aguanta—, ya le ha dicho al cura que lo visite. Es marzo de 1827. Beethoven tiene 57 años.

Sus voces, giros y palabras

Más de treinta títulos publicados dan cuenta de la versatilidad de Elizabeth Subercaseaux (Santiago, 1945): entre ellos hay novelas policíacas, de crítica social, de humor, biografías noveladas, novelas históricas y libros periodísticos. Desde su hogar en Pensilvania, la escritora habla de *La música del silencio*, su nueva publicación.

“Tardé alrededor de cinco años leyendo biografías de Beethoven, cartas, artículos, e investigando lo que otros músicos de la época opinaban y escribían sobre él y su música —cuenta sobre el proceso de investigación—. Leí todo lo que pude encontrar en inglés, en español, en alemán (diccionario en mano) y una vez que me sentí empapada tanto de su música como de su personalidad, me puse a escribir”.

—¿Por qué quiso tomar la voz de Beethoven, un desafío no menor?

—La primera versión fue escrita en tercera persona, pero el resultado no me gustó. Demasiado dato y poca cercanía con el personaje. Lo dejé descansar unos meses y traté de imbuirme de la personalidad de Beethoven, leí sus cartas de nuevo para agarrar sus voces, giros, las palabras que empleaba, algún chispazo de humor, de rabia. Las peleas con sus amigos me sirvieron para acercarme al Beethoven sulfurado. Se sulfuraba fácilmente, pero muy pronto se daba cuenta y trataba de volver, de hacer las paces, pedía perdón. Una vez que pude oír su voz entre los acordes de sus sinfonías, esa voz de trueno salpicada de dulzura, escribí toda la novela de nuevo, esta vez en primera persona. Al terminarla me pareció haber logrado lo que me había propuesto: acercarse al lector a la persona de Beethoven. En ese sentido, afirma, este “es un libro que intenta rescatar al

Beethoven que hay detrás del genio, del artista, el hombre con sus debilidades y sus fortalezas”.

—¿Cómo llegó a él, después de haber escrito sobre Clara y Robert Schumann y Johannes Brahms?

—Robert Schumann fue quien me tomó de la mano, si es que puedo decirlo así, y me llevó a Beethoven. Él tenía una profunda admiración por la música de Beethoven y escribió varios artículos en la revista que fundó. Schumann comprendió desde el comienzo que Beethoven era una transición entre el clasicismo y el período romántico, que la gente tardaría en aceptarlo, que era un disruptor magnífico, difícil de tragar al principio, pero grandioso.

—Esta vez tenía la investigación avanzada.

—Claro. Desde luego la época, el siglo diecinueve. El hecho de que Beethoven fuese admirado por todos los músicos de su tiempo y aquellos que lo siguieron, resultó de gran ayuda. Es difícil encontrar una biografía, cartas o artículos escritos por músicos, críticos o comentaristas de la época que no hagan referencia, de alguna forma, a Beethoven. De hecho la de Beethoven, Schumann y Brahms fue una sola gran investigación y en total me ocupó alrededor de diez años.

—¿Hay algún rasgo de Beethoven que le sorprenda especialmente?

—De él me sorprende y me fascina todo, particularmente su espiritualidad, su profundidad, su acercamiento a lo divino, su búsqueda de la inmortalidad, todo aquello combinado con una suerte de ingenuidad que se manifestaba al enamorarse como loco de esas mujeres imposibles que fue eligiendo en su camino.

Elizabeth Subercaseaux logra situar al lector en la época y la mirada de Beethoven y así, aunque su extraordinaria fama es universalmente conocida, es posible

compartir con él las interrogantes sobre su posteridad. “Habría de correr mucha agua por el Danubio antes de que todo cuanto usted ha creado sea comprendido”, le dice su amigo Franz Schubert. Por su parte, el compositor alemán piensa que será su obra —sinfonías, cuartetos, sonatas, variaciones, conciertos para piano— la que en el futuro permitirá conocer cómo era él, qué pensaba, qué sentía, y explicar su compleja personalidad, su “carácter irritable y perturbador”. “Beethoven decía eso, es cierto, pero él fue mucho más que un carácter irritable —asegura Subercaseaux—. Beethoven tenía rasgos de gran generosidad, dulzura, bondad, pero es verdad que tenía un fuerte sentido de inmortalidad, hablaba siempre de la inmortalidad, de lo que iba a dejarle a la humanidad, del deber que sentía hacia su propio talento que él mismo reconocía”.

—Beethoven se pregunta si su música habría sido la misma si él no hubiera sido “un compositor irritable, de carácter hosco”. ¿Usted llegó a alguna respuesta después de escribir este libro?

—Lo que me pregunto, aún ahora, es cómo un hombre de carácter hosco, que se frustraba e irritaba fácilmente, y además era sordo, pudo compo-



ner una música que iba de lo más dulce a lo más trágico, apasionante, pasando por lo más grandioso. Casi toda su música es como el final triunfante de una batalla, y se trataba de la batalla consigo mismo, de su lucha contra la sordera, de ese afán de ahorrar a su destino antes de que su destino lo ahorcase a él, como decía. Pero también se trataba de rescatar con su música, su bondad, su necesidad de ser amado (no hay nada más humano), su romanticismo, sus rasgos más positivos. La música de Beethoven es una fotografía de Beethoven. Es el espejo de Beethoven. Es Beethoven.

—¿Cree, como dice Schubert en el libro, que la música, la pintura, la literatura florecen en tiempos de paz? ¿No son también una forma de resistencia ante la adversidad?

—Creo que Schubert se refería más bien al apoyo a los músicos, que en Viena era fuerte en tiempos de paz e inexistente en tiempos de guerra, porque los nobles, que los apoyaban, se refugiaban en

el campo y se olvidaban de las artes. Al contrario, pienso que es en la adversidad donde más florece el arte. La literatura es un refugio para el dolor. Con la música ocurre lo mismo. Beethoven compuso su Novena Sinfonía cuando estaba completamente sordo, angustiado porque no podía escuchar sus propias notas. El Segundo Movimiento de su Quinta Sinfonía, a mi juicio lo más bello de su música, lo compuso en medio de una crisis, cuando estuvo a punto de suicidarse.

—¿Qué tan importante fue para Beethoven la figura de Napoleón, a quien admira e incluso se identifica con él?

—Desde muy joven Beethoven se sintió atraído por las ideas de la Revolución Francesa y vio en Napoleón a un grande. Sentía que tenían cosas en común, leían a los mismos filósofos griegos, lo veía como a un gran general de la antigüedad y le gustaba aquello de que Napoleón fuese un hijo del pueblo como se consideraba él mismo. Lo admiraba tanto que escribió la Tercera Sinfonía en su honor, iba a llamarla Napoleón, pero luego, cuando Napoleón se hizo coronar emperador, Beethoven se decepcionó de él y la llamó Heroica. Muy pronto empezó a verlo como el “ogro de Europa” y lo detestó cuando sus soldados entraron a Viena y Napoleón se instaló en el palacio como si fuera rey. Pero lo cierto es que nunca dejó de admirarlo y cuando los ingleses lo dejaron morir rodeado de ratas en un camastro en la isla Santa Elena, Beethoven lo encontró unos brutos, salvajes, y sintió profundamente que Napoleón terminase de manera tan trágica.

Imaginación y memoria

En la creación de su Novena Sinfonía, Beethoven destaca como “los dos pilares” de su sordera la imaginación y la memoria. Dos elementos esenciales en la creación literaria y que de alguna manera lo acercan a la actividad solitaria del escritor. “En la soledad del escritor lo que hay es silencio —señala la autora—. Es muy curioso, y a Beethoven debió de haberle pasado con mayor razón: es el silencio lo que te permite oír las voces de tus personajes. Era en medio del silencio que Beethoven podía escuchar los sonidos almacenados en su memoria. El silencio es la tela, blanca y lisa, donde la memoria y la imaginación van bordando. Una música. Una historia. Un poema”.

A propósito de Mozart, que actuaba como un niño mimado, Beethoven dice en la novela que no se le puede disculpar cualquier conducta a un genio. Sobre esa dicotomía que muchas veces se da entre la calidad humana y la genialidad de un artista, Elizabeth Subercaseaux afirma: “Al artista se lo debe juzgar por su obra, pero claro, si un artista sale a la calle y mata de un balazo a un transeúnte, hay que llevarlo preso, independiente de que sea un genio o no. Pero pedirle a un artista, que por ser artista, no tenga las carencias, debilidades, los defectos de cualquier persona, no tiene sentido. Los artistas son hombres antes que artistas, son seres humanos antes que genios.

—¿Es posible separar al hombre de su genialidad, como Mozart o Beethoven?

—Lo que es difícil es lo que le tocó a Beethoven, más que a Mozart: lo veían solamente como un gran compositor, nunca como un hombre con sus grandezas y miserias. Entonces le exigían un comportamiento de gran compositor, vaya a saber una cómo tendría que haber sido ese comportamiento, le exigían que se olvidara de ser hombre y se dedicara a ser compositor. Que fuera grande y genial las 24 horas del día. La cosa es que esa mirada sobre él ha de haber sido lo que más le frustró, aparte de su sordera, claro.

—En el libro también hay chispas de humor en Beethoven, a pesar de sus tragedias. ¿Cómo descubrió ese rasgo en él?

—Los espacios de humor los encontraba Beethoven entre sus amigos y con la gente de su barrio. Y tenía un buen sentido del humor, se ve en muchas de sus cartas. Hacía bromas, se reía de sí mismo. No vamos a decir que era un humorista, ni mucho menos, porque Beethoven era un hombre, por sobre todas las cosas, serio, metido para dentro, poco dado a la frivolidad, y sin embargo, tenía su manera de reírse de las cosas.

La música del silencio se suma así a *La música para Clara* y *La pasión de Brahms*, lo que podría constituir una lograda trilogía sobre estos grandes músicos y compositores del siglo XIX. Pero Elizabeth Subercaseaux tiene otros planes. “Estoy investigando a Chopin y muy adentro de mí misma, tan adentro que no me atrevo ni a confesármelo, tengo ganas, en el futuro, de escribir una novela sobre Richard Wagner, otro personaje fascinante del mundo de la música. Eso, si la vida me regala otros diez años de cabeza desnuclada”.

M. T. C. M.

Cuando se cumplen 130 años del nacimiento de Vicente Huidobro (10 de enero) y 50 años de la muerte de Pablo Neruda (23 de septiembre), dos de los máximos exponentes de la poesía chilena, el Premio Revista de Libros está nuevamente dedicado a este género literario en el que ya han sido reconocidos nueve autores. También hay importantes aniversarios en México, el país invitado en esta ocasión. Mientras el 19 de abril se conmemoran 25 años de la muerte Octavio Paz, destacan los natalicios de Sor Juana Inés de la Cruz, hace 375 años (aunque hay discusión al respecto) y de Xavier Villaurrutia, el 27 de marzo de 1903 (120 años). Y fue precisamente en México donde hizo sus primeras armas en la poesía —para después trasladarse a España y a la narrativa— el escritor chileno Roberto Bolaño,

ABRE NUEVA CONVOCATORIA | Hasta el viernes 5 de mayo

La poesía y México protagonizan el Premio Revista de Libros

Organizado por El Mercurio, CMPC y la Pontificia Universidad Católica de Chile, el tradicional certamen literario invita a los y las poetas de Chile y de México a participar en su trigésima primera versión.

quien cumpliría 70 años el próximo 28 de abril, pero murió hace dos décadas, el 15 de julio de 2003.

Así, unidos por la poesía y por una larga amistad, colaboración y solidaridad, Chile y México protagonizan la 31ª versión del Premio Revista de Libros, prestigioso certamen literario or-

ganizado por El Mercurio, CMPC y la Pontificia Universidad Católica de Chile. Dotado con un premio único de \$9.000.000 (nueve millones de pesos) o el equivalente en dólares, más la publicación de la obra ganadora, el concurso cuenta en esta versión —y como ha sido desde sus inicios— con un ju-

rado de gran prestigio: la ensayista, traductora y doctora en Lenguas Romances francesa-mexicana Fabienne Bradu, y los chilenos María Inés Zaldívar, poeta, doctora en Literatura y académica de la Universidad Católica, y Adán Méndez, poeta, editor, fundador de Ediciones Táchitas y primer ganador

de este concurso en el género de poesía, en 1992.

Desde esa primera versión dedicada a la poesía, que Adán Méndez ganó con su *Antología precipitada*, se han sumado ocho nombres a esta selecta lista de poetas: Marcelo Ríosoco, con *Ludovicos o la aristocracia del universo*; Juan Cameron y sus *Viles ejecutorias*; Damaris Calderón, autora de *Sílabas Ecce Homo*; Gustavo Barrera, con *Adornos en el espacio vacío*; Julio Carrasco y su obra *Despedidas antárticas*; Julio Núñez Rivera, con *El breve latido que burla al silencio*; Daniel Calabrese, autor de *Ruta Dos*, y Pablo Paredes, quien ganó la 28ª versión del Premio Revista de Libros con el poemario *Los animales por dentro*.

En estos 30 años de existencia, el Premio Revista de Libros también ha reconocido los géneros de novela, cuento, crónica y biografía y memorias, constituyéndose en un impulso decisivo para la carrera literaria de muchos escritores o un reconocimiento a la trayectoria de otros.